Hizo un esfuerzo supremo, y añadió:

—Me hace muy feliz la dicha de Lydia y de Raimundo.

Los ojos de la criolla se clavaron en el pálido rostro de Teresa, sin poder descubrir en él un temblor que denunciase la pena. Se acercó á su prima y la besó con efusión, diciéndole:

—A tí te debo el haber conocido á Raimundo y ser amada de él..... ¡Cree que no lo olvidaré nunca!

Ploerné le tendió la mano:

—La dejo á tu lado—dijo.—Cuídala, ámala, vela sobre ella. Es lo que más quiero en el mundo.

Teresa se adelantó hacia la luz. Ya no temía ser vista. El pensamiento de un deber que llenar le había purificado el corazón de todos sus celos. Y con energía:

—Yo os lo prometo, Raimundo, podéis contar conmigo.

—Gracias.

Raimundo se despidió, y se fué. Al día siguiente volvió á darles su adiós, y á la caída de la noche montó en el tren rápido de Marsella, dejando detras de sí á Lydia muy tranquila y á Teresa desolada.

Los primeros meses que siguieron á la partida del marino se deslizaron monótonos. Teresa y sus parientas estaban todavía de luto y no tenían ningún deseo de salir de su soledad. Sin embargo, al acercarse el invierno, la madre de Lydia quejábase mucho de frío. Aquella mujer, habituada á la dulce temperatura de las colonias, tiritaba bajo las ráfagas del viento Este.

—En tu París se hiela la gente—decía la señora de Saint-Maurice.—Esta es una sucursal del Polo

Norte. Si esta mañana estamos á 14 grados, ¿qué será al invierno?

—Tendremos buen fuego, tía.

—Me han dicho que algunas veces helaba durante semanas enteras.

—Entonces se patina.

—¡Como en Laponia! ¡Vaya una diversión! ¡Ah! ¡Que no hubiera podido traerme conmigo el sol de la Martinica y la brisa de nuestras sábanas!

—Si París os hace daño nos iremos á otro lado, tía. Ya sabéis que nada nos retiene aquí.

—¿Adónde quieres que busquemos un clima mejor sin atravesar el mar? Y eso de meterse otra vez en un barco, ¡jamás! ¡Antes prefiero el frío!

—No será necesario ir á Malta, á Sicilia ó á Argelia para encontrar una gran diferencia de temperatura Bastaría ir á la frontera de Italia, á lo largo de la costa..... A partir de Cannes el clima cambia verdaderamente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué más da Cannes que París?..... Quedémonos aquí..... Sufrir por sufrir, al menos no te alejaremos de la casa de tu madre.

—No me alejaréis, tía. Entre Niza y Mónaco, á orillas del mar, en una ensenada resguardada del viento y expuesta al sol, tengo una *villa* que mamá había hecho construir, y que ha habitado antes de que la enfermedad la clavase en su lecho..... En Beaulieu, volveré á encontrar su recuerdo.

—No, no, hija mía—gimió la señora de Saint-Maurice—sería mucho trastorno un viaje así..... Habría que volver á arreglar todos estos baules que apenas están deshechos..... Decididamente,

quedémonos aquí: en todas partes se está bien para morir.

La buena señora pertenecía á esa especie de gentes que arrastran su pretendida agonía hasta los más avanzados límites de la vida humana, comiendo bien, durmiendo mejor, y martirizando á los que viven á su lado con sus eternas quejas. De buena fe, por otra parte, y creyendo sinceramente padecer los sufrimientos de que se quejaba. Había tomado el partido de quedarse, pero no el de cesar en sus lamentaciones. Seis semanas después, su hija y su sobrina, haciéndole una dulce violencia, se la llevaban á Beaulieu, y allá en medio de las flores, á la orilla de las azuladas ondas, en una atmósfera suave, la criolla consentía en confesar que todavía podía haber algunas horas soportables para ella en la vida.

Por su parte, Lydia experimentó una especie de embriaguez al encontrar el verdor y las plantas que le recordaban su país. Los naranjos, las palmeras, los mirtos, los cactus, aquella flora de Oriente, dorada por el sol; el murmurio de la mar, argentando con sus olas moribundas la arena de la playa; el perfume de la brisa cargada de las tibias emanaciones de la tierra; el horizonte azul y rosa de las costas bañadas en luz, todo le recordaba la encantada isla donde había pasado sus primeros años. Era dichosa y se entregaba á una vida animal. Pensaba muy poco en su prometido. Hasta había necesidad de que Teresa le hablase de él. Entonces dejaba escapar algunas frases insignificantes. ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Cuándo volverá? Esto era todo.

Dónde estaba y qué hacía, lo supieron al cabo de dos meses por sus cartas. Estaba con la escuadra, cruzando frente á las costas con tiempos muy duros. Lo que nadie podía decir es cuándo volvería. No antes de dos años, lo más pronto. A menos..... Este «á menos» hacía estremecer á Teresa y sublevarse á Lydia, porque era el caso de una licencia para convalecer lo que este «á menos» significaba. Y para que el oficial volviese á Francia, era preciso que fuese gravemente herido ó que estuviese seriamente enfermo. Teresa prefería que siguiese en China. Desde luego, porque allí no se casaba con Lydia. Por resignada que estuviese á ver á Raimundo pertenecer á su prima, no podía pensar, sin que el corazón se le oprimiese, en el porvenir que le ofrecía aquel matrimonio. Raimundo, á millares de leguas, estaba separado de ella, pero también estaba separado de su prometida. Su ausencia era un respiro. Entretanto, se vivía.

Los seis primeros meses trascurrieron en una reclusión casi completa. El punto de la costa en que estaba situada la *villa*, no atraía á los viajeros. Algunos breaks ó algunas calesas bajaban hasta Saint Hospice, pero no pasaban de aquí; y la soledad de las tres mujeres apenas era turbada por el ruido argentino de los cascabeles en el camino que conduce á Villafranca, ó por el paso de los raros *touristes* que suben al pequeño convento ó á la torre en ruinas, vestigio de construcción militar, dejado por los piratas berberiscos, en el tiempo en que infestaban los mares.

De vuelta á París, las señoras de Saint-Maurice se instalaron definitivamente en el hotel Letourneur. Un año de vida común, había permitido á las tres mujeres conocerse completamente. Teresa apreció la tranquila bondad, la serenidad de corazón de su tía. Aquella excelente mujer no tenía

más que un defecto: el de creerse continuamente moribunda. Pero en doce meses no había causado un disgusto, una contrariedad á su sobrina, y se había hecho amar de ella.

Lydia, fantástica é imperiosa, tierna y violenta, había esclavizado á la dulce Teresa. Cuando los caprichos de aquélla disgustaban á ésta; cuando, sin tomarse el trabajo de intentar convencer, la criolla quería mandar, hacer predominar sus gustos ó sus maneras de ver, su prima, dispuesta á resistir, á protestar, se calmaba de pronto, pensando que acaso era un mal sentimiento de envidia el que la predisponía contra Lydia, y cedía por exceso de conciencia y de virtud. Poco á poco había dejado á la hermosa morena portarse como niño mimado. Se había plegado á su tiranía como la señora de Saint-Maurice y Leila. Tiranía zalamera y seductora, es cierto, porque aquella deliciosa joven, nacida para la seducción, tenía un acento que hacía excusable todo lo que decía y hacía por irregular y molesto que fuese.

Después de un año de retiro, y terminado el luto de Teresa, Lydia fué acometida de un ansia de placeres que asustaba á su prima. A la muerte de su madre, todavía no había frecuentado ella la sociedad, y á excepción de algunos amigos de su familia, tales como su padrino, Samuel Bernheimer, el antiguo socio de su padre, conocía á muy pocas personas. Quedó espantada cuando Lydia mostró el deseo de alegrar un poco la existencia que llevaba desde su llegada á Francia. Teresa estaba todavía muy triste, y comprendía difícilmente que la prometida de Raimundo pensara, en ausencia del que amaba, en proporcionarse el menor placer. Hizo, sobre este punto, más resistencia que

sobre otros. Pero cuando Lydia quería una cosa, la quería de veras; y con una destreza singular, se puso á batir en brecha lo que ella llamaba el rigorismo de Teresa.

Jamás había estado en el teatro y moría de deseos de ir á la Opera. La señora Letourneur había tenido allí, durante veinte años, un palco una vez por semana. A la muerte de su marido había cedido su día á unos amigos, pero estipulando que ella ó su hija lo recobrarían cuando les conviniera. Lydia hizo tanto, que Teresa reclamó su palco, y lo puso á disposición de su tía, pero á condición de que quedaría en libertad de no acompañarlas. La alegría de Lydia, la primera noche en que se dispuso á ir á oir *Fausto,* fué para su prima una viva satisfacción. Sonrió al entusiasmo de Lydia, admiró su traje y la adornó con sus propias alhajas. Experimentó el sentimiento de una madre ante la dicha de una hija mimada. Su tía, presa de una pretendida jaqueca, había asegurado hasta el último momento que no estaría en estado de salir. Pero después de haber comido muy bien, subió, moribunda, según decía, al carruaje, y partió con su hija. Teresa, al quedarse sola, se refugió en su cuarto y pasó la noche pensando en el ausente.

Una joven tan hermosa como Lydia, no podía estar tres horas asomada al antepecho de un palco principal de la Opera sin atraer la atención de un público á quien son familiares todas las caras que aparecen en la sala. Desde el primer entreacto, fueron asestados todos los gemelos del patio sobre la encantadora mujer que nadie conocía. De todos lados se preguntaban: «¿Quién es?» Y una agitación bien natural se apoderaba de todos aquellos gastados, á los que sacaba un instante de su indi-

ferencia la aparición de Lydia. La acomodadora fué interrogada; pero no podía dar noticias, ignoraba quién fuese. El talón estaba á nombre de Le tourneur, y las dos señoras que ocupaban el palco número 23 hablaban francés con un ligero acento. Si Samuel Bernheimer, que había venido más de cien veces al palco, en tiempos de su socio, hubiera estado presente, sin duda que habría dicho á sus amigos del Jockey lo que ardían en deseos de saber. Pero la fatalidad hacía que aquella noche estuviera desocupada su butaca. Los curiosos se consolaban pensando que ya encontrarían al banquero en el Club, adonde iba regularmente á tomar una taza de té antes de acostarse. Entretanto los gemelos seguían funcionando y los ditirambos se acentuaban.

Por inexperimentada que fuese la señorita de Saint Maurice, no se le escaparon las conversaciones del patio y el movimiento de curiosidad de los palcos. Se sentía notada, y su corazón rebosaba de placer. Entraba, pues, desde el primer instante, como vencedora, en aquel mundo parisién tan misterioso para ella. Sintió la ola de las alabanzas subir y envolverla como una caricia. Pero permaneció impasible, como armada de la indiferencia de una mujer de mundo acostumbrada á las escaramuzas de la vida elegante. Su única preocupación, mientras que las inspiradas melodías de la escena del jardín se desarrollaban en ondas melodiosas, era no aparecer provinciana. Se estudiaba severamente desde el punto de vista de las actitudes; examinaba las maneras de las otras mujeres, eligiendo, para sus comparaciones, las más brillantes y las más rodeadas. Ni una vez se abrió aquel corazón de dieciséis años á las sagradas alegrías que

proporciona la revelación de una obra maestra. Sólo vibró en ella el orgullo, pero con una fuerza sorprendente.

Lydia, que había ido con el deseo de divertirse y de escuchar religiosamente la obra de un maestro, fué cogida, desde el primer instante, por el vano torbellino de la frivolidad parisién y arrastrada sin resistencia. Comprendió que había nacido para aquellas emociones engañadoras, para aquellas satisfacciones artificiales, para aquellos triunfos malsanos. Parecióle que, de pronto, se metamorfoseaba en otra Lydia que no conocía. O mejor: su naturaleza no sospechaba se desenvolvía como esas plantas de su país, que brotan en una noche y que se alzan soberbias en su vigor espontáneo. Sus ideas parecían haber sufrido una evolución fulminante. Y todo lo que su madre le había enseñado de dulce, de sencillo, de familiar, caía como los frutos de un hermoso árbol al empuje del viento de tempestad.

Miró friamente á aquel público que representaba la quinta esencia mundana de París, y se dijo: «Yo dominaré á todas esas gentes. Las mujeres y los hombres conocerán mi poder.» ¿De dónde sacaba que pudiera jamás poseer un poder cualquiera? No sabía nada, ni se daba el trabajo de averiguarlo; pero tenía la tranquila certeza de que lo poseería. Aunque un Dios le hubiera hablado al oído para revelarle su destino, no se habría sentido más segura del porvenir. Su madre, en el fondo del palco, arrullada dulcemente por la música, no notaba nada y no sospechaba de ningún modo que habiendo llevado á la Opera un cándido serafín, se iba á volver á su casa con un diablo desencadenado.

Aquella misma noche, á las doce, en el Jockey,

Bernheimer, muy rodeado, escuchaba con alguna sorpresa las preguntas apremiantes y confusas que le dirigían sus colegas.

—Preguntadme si ganaré el próximo gran premio—interrumpió Samuel riendo—y os contestaré que, si tiene mejores pulmones que los demás y patas más sólidas, mi caballo llegará el primero. ¿Pero cómo os he de dar noticias sobre personas que no he visto?

—Las conocéis seguramente..... Ocupaban el palco de Letourneur..... Sed complaciente..... Tratad de aclararnos la cuestión..... Se os hace el retrato de dos mujeres: una vieja y una joven. La vieja, pequeña, seca, con el pelo blanco. La joven, asombrosa, morena, con unos ojos..... y una piel... ¡Ah!..... ¡Jamás se ha visto nada parecido!..... Si con estas indicaciones no caéis en la cuenta, es que habéis perdido vuestro buen olfato.

—¡Vamos! Por el olor, pues que de olfato me habláis, ya sé de quién se trata.....

—¡Bueno! ¡No nos consumáis!

—Son parientas de mi ahijada..... La joven belleza que os ha revolucionado á todos es una criolla recientemente llegada á París..... Se llama la señorita Lydia de Saint-Maurice. Pertenece á una excelente familia y no tiene fortuna.

—Tanto mejor—suspiró Mauricio de Roquiere, un guapo muchacho de veinticinco años, que en dos había comprometido seriamente su capital.—Tiene una probabilidad más para acabar mal.

—No lo esperéis, querido amigo. Por el presente vive muy bien guardada por toda su familia..... Y por lo que hace al porvenir, está prometida á su primo el conde de Ploerné.

—¿El marino?

—Sí. El teniente que está en el Tonkín.

—Cuando vuelva me haré su amigo íntimo—declaró el joven.—Entretanto, Bernheimer, os pido que me presentéis á las señoras de Saint-Maurice la primera vez que aparezcan en el horizonte.

—Con mucho gusto. Y luego arreglaos como podáis.

—Fiaos en mí para eso.

A la semana siguiente se cantaban los *Hugonotes*. Pero Lydia no se había prometido deleitarse con la audición de la maravillosa partitura de Meyerbeer. Había allí en adelante, para ella, otro atractivo muy diferente del de los instrumentos y de las voces: era el murmullo halagador que levantaba su presencia; el ardor de las miradas que atraía su belleza. La verdadera armonía era el concierto de admiraciones y de elogios, en el cual no debía dejarse oir ni una nota discordante. Porque hasta las mujeres se encontraban desarmadas ante Lydia, en quien mientras fuéra soltera, no podían ver una rival.

Ahora ya se sabía de quién se trataba, y la curiosidad ya no fué platónica. Desde el primer entreacto, Samuel Bernheimer invadía el palco y daba á las señoras de Saint-Maurice la satisfacción de darles detalles sobre las personalidades más notables de la concurrencia.

—Se ocupan mucho de vos—dijo á la condesa—y la belleza de esta señorita ha producido una verdadera revolución..... Si yo cediera á las peticiones con que me agobian, os traería aquí á todos los abonados del patio.

—Guardaos bien de ello—exclamó la señora de Saint-Maurice—no queremos hacer ningún conocimiento. Ya sabéis lo retiradas que vivimos con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mi sobrina..... No nos presentéis á nadie, que ella no está decidida á recibir.

—Os suplicaré, sin embargo, que hagáis una excepción en favor de un joven amigo mío, á quien he prometido traer á vuestro palco..... Es un muchacho amable. No os estorbará, y os divertirá.

—Traedlo si se lo habéis prometido; pero que no espere una gran acogida de nosotras.

Al entreacto siguiente, el marqués de Roquiere fué presentado á la señorita de Saint-Maurice. Se había prometido un vivo placer en aquella presentación, pero tuvo que desistir de ello. Encontró dos mujeres muy sencillas, muy bien educadas, pero muy frías, que no alentaron sus intentos chanceros. Por atrevido que fuese el joven, tuvo que confesarse que no le sería muy fácil forzar la intimidad de la condesa. Se desquitó admirando á su hija, y pudo declarar á sus amigos del Club que la criolla era de cerca más encantadora que de lejos. Solamente, como no la había podido sacar más que monosílabos, la declaró algo tonta. El, por su parte, le pareció á Lydia muy insignificante, bastante mal educado, y en las varias ocasiones en que se encontraron, no dejó caer sobre él más que miradas indiferentes.

Cuando llegó el verano, la madre y la hija fueron á Deauville á pasar tres meses con Teresa. El otoño las hizo volver á París; y como la señora de Saint Maurice tiritase al caer de los árboles las primeras hojas, la *villa* de Beaulieu vió reaparecer á sus habitantes. Allí Teresa tuvo un verdadero descanso.

La existencia, tal como sus parientas y ella la habían llevado durante seis meses, había sido penosa para la joven. Habían surgido tiranteces causadas por la desemejanza de sus gustos y la diferencia de su vida. Mezcladas las unas, por poco que fuese, al movimiento de la sociedad, y obstinándose la otra en un severo retiro, era imposible que no hubiese aspereza. Teresa las había suavizado sacrificando sus gustos á los de sus huéspedes, pero sufría al verse abandonada por placeres que juzgaba mediocres.

En Beaulieu se encontraron todas de acuerdo para vivir en calma, y esto fué una viva satisfacción para la joven. Durante muchas semanas no salieron las tres mujeres. Un día, sin embargo, que en la conversación se habló de Mónaco y del palacio, Teresa misma propuso ir á visitarlo. Aquella era ocasión de un simple paseo en carruaje. Sus parientas aceptaron, y aquella tarde fué cuando, en las vastas salas del palacio del príncipe, Lydia se encontró en presencia del marqués de Girani.

A primera vista no la hizo ninguna impresión. Advirtió que la seguía y que le dirigía miradas ardientes. Pero hacía mucho tiempo que estaba hecha á las miradas. Al segundo encuentro, cuando volvía con Leila de coger mimosas por los caminos, fué cuando le gustó. Notó la gracia de su gesto cuando le saludó al paso, y el brillo de su sonrisa. Era uno de los jóvenes más guapos que había visto hasta entonces, y cuyo tipo la recordaba á los galanteadores de su país. Tenía una palidez encendida, negros y brillantes cabellos rizados, ojos como el azabache, y en toda su persona, una especie de languidez aristocrática y viciosa de hombre nacido para la ociosidad y el placer. Pensó en él, y en su cerebro, preparado para el incendio, el recuerdo del hermoso italiano hizo brotar llamas repentinas. Lydia sintió despertarse en sí ardores

que no sospechaba. El sincero, tierno y sereno Raimundo la había dejado casi indiferente. Una cabeza morena y pálida, pasando por sus sueños, bastó á trastornar su imaginación.

Al día siguiente no salió; pero desde una terraza oculta por la verdura observó los alrededores, y descubrió á su adorador, que rondaba alrededor de la *villa*. Una sensación deliciosa de alegría refrescó su corazón. Ocupábase él de ella tanto como ella se interesaba por él. Incapaz de guardar su secreto para sí sola, hizo aquella misma noche al acostarse confidencias á Leila.

—¿No sabes que ha vuelto el hermoso extranjero del camino de Saint Hospice?

La cuarterona alzó sus sombríos ojos hacia su ama.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Estaba yo en la terraza y le he visto. Ha estado dando vueltas mucho tiempo esperando verme. Luego ha ido á sentarse sobre las rocas, ha esperado allí hasta las seis, y entonces, pensando que yo no saldría ya, se ha marchado.

—Conviene que no os ocupéis de él, amita—dijo Leila.

—¡Oh! me divierto tan sólo en seguir sus manejos. ¿Qué mal hay en esto? Ni siquiera sé quién es.

—Yo lo sabré—dijo la mulata—si esto os distrae.

—Sí, inténtalo..... Debe venir de Monte-Carlo.

Al día siguiente no apareció el enamorado, y la joven estuvo descontenta, mostrándose como disgustada de todo y enervada. Por la noche, al desnudarse, le dijo su nodriza:

—Hoy no habéis visto al extranjero, amita.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Lydia asombrada.

—Porque le he encontrado en el camino de Saint-Hospice y se me ha acercado.

—¡Y se ha atrevido!....

—¡Oh, con una pobre esclava como Leila!.... Esto no importa..... Quería saber quién érais, de dónde veníais..... Ha adivinado que no habíais nacido en Europa.

—¿Y tú que le has dicho?

—Que era preciso que se fuera para no volver más..... Porque no saldríais mientras que él anduviera rondando por aquí.

—¿Y entonces?....

—Entonces me ha dicho que necesitaba escribiros..... Yo le he dicho que estaba loco..... Ha hablado mucho tiempo, mucho tiempo..... Y juraba que os amaba hasta morir..... ¡Como si esto tuviera algo de particular!.... Al fin se ha decidido á dejarme diciendo que tenía necesidad de decir á alguien lo que pensaba de vos, y que sería á mí á quien escribiría.

La mulata se echó á reir.

—¿Cómo me las arreglaré yo que no sé leer? ¡Bah! Tiraré las cartas al mar.

Lydia no añadió una palabra. Quedó pensativa, y eran ya las doce cuando todavía estaba sentada en una butaca á los pies de la cama con el ceño fruncido y las miradas fijas.

Como lo había anunciado, el italiano escribió, y Lydia fué quien leyó la carta. Bastó que ella expresara el deseo para que la mulata se la entregase. Supo así que su adorador se llamaba Emilio de Girani y que era marqués. Pero su título no deslumbraba á la joven. Aunque hubiera sido un plebeyo, el misterio que lo envolvía, el atractivo de la intriga iniciada por él, habrían ocupado el espíritu

de la criolla. Era el poético desconocido que suspiraba en la sombra, que la adoraba de lejos; héroe de una novela que ella entreabría apenas, para leer á hurtadillas algunas hojas, prometiéndose cerrarla enseguida si se hacía muy ardiente.

Girani no se había contentado con escribir, había reaparecido. Sus ojos soñadores eran excelentes ojos muy penetrantes, y no había tardado en descubrir la terraza, oculta por la verdura, que servía de observatorio á Lydia. No se aproximaba de día, pero por la noche rondaba muy cerca, espiando una ocasión propicia. Con frecuencia, desde el pie del muro tapizado de viña virgen, á cuya sombra se emboscaba, oía hablar á Teresa y á Lydia. Le inquietaba la gravedad de aquélla; pero comprendía enseguida que desconocía la intriga amorosa.

La presencia de su prima en el jardín ponía ahora á la criolla en un suplicio. Sin saber por qué Teresa experimentaba la misma impresión de malestar, se alejaba y entraba en casa. Entonces la criolla podía con libertad mirar afuera, sin temor de ser sorprendida por cualquiera de la casa. Un día que soñaba, con el libro abierto sobre las rodillas, cayó á sus pies una rosa lanzada desde el camino. Alzó los ojos, y á tres pasos, separado de ella únicamente por la altura del muro, vió á Girani. Enrojeció, hizo un gesto de descontento y quiso levantarse. El juntó las manos, su rostro tomó una expresión suplicante, y murmuró en voz baja:

—¡Quedaos! ¡Me voy!

Permaneció, sin embargo, todavía un minuto, siempre con las manos juntas, y la mirada extática, como un devoto en oración ante una virgen; luego se inclinó casi religiosamente y se alejó. Pero en

el recodo del camino volvióse; y viéndola en el mismo sitio, sonrió apasionadamente, y, con fuego, con la punta de los dedos le envió un beso. Aquella pronta familiaridad, después de tanto respeto, disgustó á Lydía, y se retiró. Pero al día siguiente volvió en medio de aquella verdura y de aquellas flores, cuyos penetrantes aromas sostenían su embriaguez, y esperó. El no apareció, y se retiró descontenta por haberle faltado su distracción diaria.

Al día siguiente le vió acudir. Como había temido no verle, no tuvo la idea de escapar. El se acercó respetuosamente, con la cabeza descubierta, con el aire de respetuosa adoración que tan poco se armonizaba con el aspecto atrevido que tomaba para echar besos, y casi se arrodilló en el polvo. Aquella vez habló con su voz musical y cantante, y salió de sus labios algo como un poema de amor. Había juzgado que Lydia deseaba un héroe de novela, y se le mostró tan apasionado como ella hubiera podido soñarlo. Pero aquel héroe era bastante práctico, porque se ocupó de subir sobre una gran piedra que ponía su cara á la altura de las manos de la criolla. Esta le hizo señas de que bajase, pero él suspiró:

—¿Qué teméis de mí? Y además, si os hablo de lejos, hay el riesgo de que me oigan.....

Lydia le habría podido decir: «No habléis.» Pero se complacía en escucharle. Le dejó sobre su piedra; y hasta, como vacilase, sufrió que se apoyara en la balaustrada de la terraza. Girani estuvo reservado y tímido en la acción, pero atrevido é inagotable en palabras. Ella no respondía, pero no se iba: esto era más de lo que él se había atrevido á esperar. Por espacio de mucho tiempo habló de este modo en la sombra. Y fué preciso que la lla-

masen para que Lydia se decidiera á alejarse. No le dejó siquiera tocar su mano, y se sintió muy tranquilizada, con la certeza de que tenía en su enamorado un esclavo rendido que la adoraría y á quien no concedería más que sonrisas.

Durante ocho días, continuó este juego sin alteraciones. Para no correr el riesgo de ser sorprendida, Lydia tomaba la precaución de poner á Leila de centinela, á la entrada del sendero que conducía á la terraza. De este modo estaba con libertad, y al mismo tiempo protegida. No habría tenido más que lanzar un grito para que la mulata estuviese á su lado.

Al fin de la semana hubo una violenta tempestad, y desde por la mañana cayó la lluvia pesada, incesante, espesa, haciendo casi imposible la salida al jardín. A la puesta del sol, cambió el viento y las nubes fueron barridas en un instante. Las últimas volaron como una negra escuadra sobre el mar, y, por detrás de las montañas que recortan como un encaje la costa, el disco de la luna subió bañándolo todo con su claridad. El aire era suave, las plantas lavadas despedían deliciosos aromas. Lydia bajó para respirar.

Después de haber estado encerrada todo el día, deleitábale pasear por el jardín. No pensaba en llegar á su observatorio. En aquel momento no creía que pudiera haber nadie á quien observar. Sin embargo, el azar de su paseo la llevó allí al cabo de un cuarto de hora. Extendíase por completo la obscuridad, y las estrellas surgían en los cielos. El resplandor de las lámparas del salón brillaba á lo lejos como un faro, por entre los árboles. Lydia subió los tres escalones y se adelantó bajo los jazmines y las clemátidas, mirando con-

fusamente ante sí. Un ligero ruido á sus pies atrajo sus miradas, y debajo del muro, en el camino, vió una forma negra. En el mismo instante, murmuró la voz de Girani:

—¿Estáis sola?..... ¡Qué inesperada alegría veros!

Lydia no contestó. Pero ya el italiano, saltando sobre la gran piedra que le servía de habitual pedestal, se agarraba á la balaustrada y se izaba hasta el reborde de piedra. Lydia exclamó:

—¡Os prohibo llegar hasta aquí!.....

Pero había pasado la hora de las prohibiciones. Escalando la débil defensa con un vigoroso esfuerzo, llegaba él ya á su lado. Por la primera vez se encontraban el uno enfrente del otro, sin obstáculos, y la sombra los rodeaba. Lydia no vió más que sus ojos, que brillaban en su rostro descolorido por el deseo. Girani le tendió los brazos. Ella hizo un movimiento para rechazarlo y trató de huir. Y sin embargo, un segundo después caía contra su corazón. Llamó á Leila con voz desfallecida, porque tenía la voluntad de resistir y de defenderse; pero aquella noche estaba sola. Subióle al cerebro una llama devoradora, una sensación desconocida la hizo retorcerse entre los brazos de Girani, y, con un gran suspiro, se entregó.

III

Al día siguiente del terrible día en que, abandonando la quinta del camino de la Seyne, había dejado detrás de sí un hombre muerto, el conde Raimundo de Ploerné, terminados sus asuntos del servicio, dueño por completo de sus actos, tomó el tren que pasa por Tolón á las doce y cuarenta